

valor nos hace disimular su injusticia. Pero, mamá, ¿ cómo es posible reputar al artificio como prueba de talento? — Solo los necios piensan de este modo; pero como estos componen el mayor número, esta es la razon por que hallaréis tantas personas que han adoptado esta opinion. Escucha otra vez acerca de esto mismo lo que dice el autor que he citado poco há: *Todo hombre de mala se camina directamente contra lo que debia para llegar á su fin, y será tarde ó temprano, por la naturaleza de las cosas, la víctima de sus propios artificios, á causa de que no hay ninguno de estos que se pueda esconder enteramente á la vista, ó al ménos á la sospecha, y porque luego que el artificio se conoce, irrita y horroriza á todos.* Con esta cita se concluyó la quinta velada de Champeery. Madama de Clemira se levantó, y cada uno se fué á su cuarto sumamente gustoso de la historia de madama de Varonne, y de la virtud del buen Ambrosio.

Era por este tiempo el veinte y cinco de Febrero, y el frio era excesivo; no obstante la Marquesa habia prometido á César dar un paseo con él la mañana siguiente: César le habia pedido á su madre le llevase al bosque de Faulin, y ella se lo concedió. Carolina y Pulqueria estaban constipadas, por lo que no pudieron ir á paseo. A las diez en punto madama de Clemira y su hijo salieron á pié, y un coche los seguia, porque siendo la distancia de tres cuartos de legua, era menester á la vuelta venir en coche para no atrasar la comida, que siempre era al mediodía. En todo el invierno habia hecho frio tan fuerte como aquel dia. César se quejó un poco al principio; despues al cabo de un cuarto de hora dijo que era mas soportable. No obstante, le respondió su madre, tan fuerte es ahora como cuando salimos de casa, pero te has acostumbrado á él, y no lo sientes tanto: lo mismo sucede con todos los males fisicos; fácilmente nos hacemos á todos los que no son mortales; el hábito nos familiariza con los objetos mas espantosos, formidables y peligrosos; aun hace mas: nos familiariza con el dolor mismo, ó por mejor decir embota y destruye lo mas vivo de él; es muy provechoso convencernos de esta verdad, á fin de poder sufrir con valor y tranquilidad todas las penas anexas á la humana naturaleza. — Pero, dijo César interrumpiéndola, hay algunas personas naturalmente tan delicadas que no pueden acostumbrarse á padecer. Me acuerdo de haberle á Vd. oido decir que madama de B***, despues de haber perdido sus bienes, jamas pudo acostumbrarse á la pobreza y á vivir en

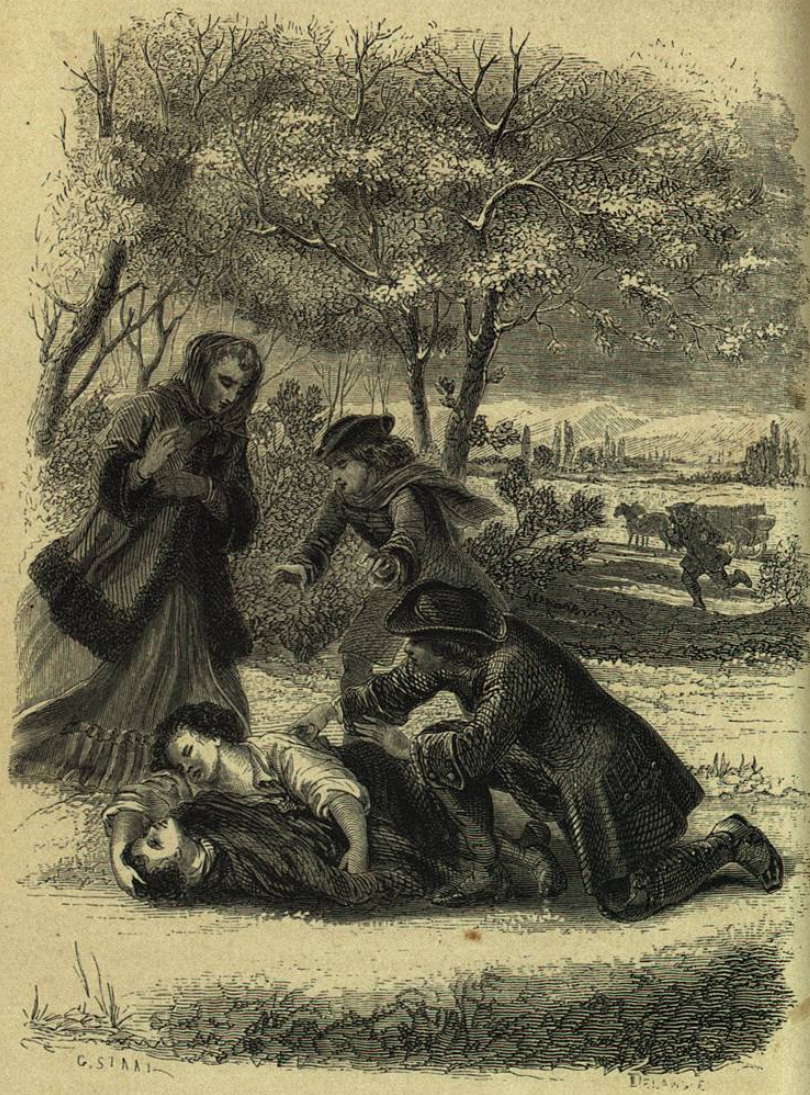
la aldea. — Es muy cierto, pero esto no es comun; por tanto se ha de mirar como una excepcion en la que solo se hallan comprendidas las personas del todo pusilánimes. Ademas que esta cobardia no es natural; siempre deriva de la corrupcion, y es efecto de mala educacion. — Segun eso, mamá, muchas personas que nos parecen



muy desdichadas, no lo son tanto como juzgamos. — Querrás decir que padecen ménos de lo que nosotros imaginamos; pero por esto mismo son mas dignas de nuestra compasion y socorros. El infeliz que se sujeta con valor á su suerte, y que sufre sin quejarse, es sin duda alguna un ente tan respetable como interesante. Por lo cual, solo un alma vil é insensible podrá no tener compasion al hombre desdichado, que á fuerza de sufrir se ha hecho insensible al dolor. Esta virtuosa resignacion debe excitar nuestra admiracion, y dar á nuestra compasion mas viveza y actividad. En fin es tambien muy natural compadecernos vivamente de los males que nosotros toleraríamos con facilidad. Este sentimiento, que tiene algo de sublime, es comun á todos los pechos nobles, y vemos todos los dias mil pruebas convincentes. Yo, por ejemplo, me veo sangrar, y me tengo yo misma la luz, lo que es muy natural, y no puedo sin algun senti-

miento ver sangrar á otro. He visto á tu padre romperse un brazo, y hacérselo curar sin quejarse; y le he visto casi desmayado el día que le sucedió la misma desgracia á Cristóbal el ayuda de cámara de tu tío. — Bien comprendo eso, dijo César; yo caigo, me hiero y me corto sin afligirme, y no puedo ver correr la sangre de otro cualquiera sin sentir un dolor verdadero. — Bien ves, pues, que no es siempre natural preferirnos á los demas, y que el hombre constantemente personal, esto es, que no cuida mas que sí, y que nada le mueve sino lo que directamente le toca, solo puede ser un ente vil y corrompido.

Con esta conversacion llegaron á una pradera cubierta de nieve, que atravesaba un arroyo helado, sobre el cual César dió algunas escurridas: despues empezó á correr hácia un bosquecito que estaba á un lado de la pradera, se mete en él, y su madre le pierde de vista. Al cabo de un instante vió que saliendo del bosque gritaba con toda su fuerza corriendo hácia ella: ¡Ah! venga Vd., venga Vd. por Dios apriesa, puede ser que no estén muertos... — ¿Qué quieres decir? ¿qué es lo que has visto? — ¡Dios mio, qué desgracia! Dos pobres muchachos que el frio ha penetrado, y que están allí sobre la nieve. Oyendo esto la Marquesa apresuró el paso. César penetrado de dolor y de compasion la guió cerca de unas zarzas, donde vieron los dos niños echados de modo que no podian verles las caras. La Marquesa de Clemira se acerca, y repara que el mayor de los dos muchachos está en camisa, y echado sobre el otro. ¡Oh cielos! exclamó, sin duda son dos hermanos, y el mas grandecito ha tenido la generosidad de despojarse de sus vestidos para abrigar á su hermanito. ¡Oh generoso niño!... ¡si Dios quiere que no hayamos llegado tarde!... Diciendo esto se adelanta, y manda á sus criados que metan en el coche á los dos niños. Al punto mismo, César se quita su frac, y abriga con él al que estaba desnudo. Entonces Morel, el lacayo de César, levanta al primero diciendo: Muy tieso está, me parece que ya está muerto. Al hacer este movimiento descubre el rostro del muchacho. César le mira, y exclama llorando: ¡Dios mio! Es nuestro Agustínico, y Nicolásito su hermano. Este incidente acrecentó tambien la caridad y ternura de su madre: mezcló sus lágrimas con las de César. Su corazon se despedazaba al ver la muerte retratada sobre la cara del generoso Agustín, y sobre todo representándose la desesperacion que con su pérdida sentiria la desgraciada



AGUSTIN Y COLÁS RECOGIDOS POR MADAMA DE CLEMIRA.

madre de este precioso niño. Entre tanto Morel y otro lacayo tenia cada uno el suyo en los brazos, asegurando que estaban muertos.



No importa, les dijo su ama, ponedlos en mi coche; sube con ellos, Morel, procura calentarlos poco á poco, y llévalos á casa lo mas presto que puedas. Tu compañero se quedará con nosotros, y nos volveremos á pié. En efecto, obedeciendo Morel prontamente á su ama, se metió en el coche con los dos muchachos, y al punto marchó. Al cabo de algunos minutos madama de Clemira y César perdieron el coche de vista. Apresuraron el paso todo lo posible, y entraron en la alameda de la Quinta sumamente cansados, y sobre todo impacientes por saber de Agustín y de su hermanito. En fin á la mitad de la alameda vió la Marquesa venir á Mr. Fremont y á sus dos hijas, las que luego que pudo oirlas gritaron que Agustín y Colás vivían... Al oír esta noticia lloró César de alegría, y corrió á abrazar á sus hermanitas. Entran todos con priesa en la casa, y la Marquesa acompañada de sus hijos se encaminó al cuarto en donde estaban Agustín y Colás. Los encontró algo animados, pero aun no habian recobrado el habla. Hizo que fuesen á llamar á su madre, la que llegó á tiempo que Nicolasito empezaba á abrir los ojos y á pronunciar algunas palabras. Al cabo de una hora empezó Agustín á querer hablar, conoció á su madre, y balbuciendo llamó á su hermanito. En fin aquella noche llegó un médico que se habia enviado á llamar, el que dijo, que aunque los niños estaban de bastante cuidado, los creía no obs-

tante fuera de peligro. Magdalena se consoló algun tanto con esto, y preguntándole la Marquesa la causa de aquel triste suceso, le refirió que sus dos hijos habian salido á las ocho de la mañana de su casa para recoger ramas en el monte, pero que se habian alejado algo mas de lo que acostumbraban; que á las nueve y média, viendo que no volvian, habia enviado á buscarlos á su marido, y que este, equivocado por las pisadas de otros muchachos, habia ido por otro sendero distinto del que iba al sitio donde habian encontrado á sus dos hijos.

César y sus dos hermanas no se apartaron en toda la noche de Agustín; toda la familia habia cobrado igualmente mucho afecto á esta amable criatura, y nadie de la casa se acostó hasta las doce para ver el efecto de los remedios que le hacian; algunos erizados pasaron la noche entera en el cuarto de Agustín. Al amanecer ya estaba César á la puerta del cuarto, y supo con mucha alegría que los dos hermanitos estaban casi enteramente restablecidos, que hablaban, y estaban del todo despejados. Despues de comer se levantó Agustín, César obtuvo permiso de entrar en su cuarto, le vió, y le abrazó con indecible alegría; en fin al dia siguiente pudo Agustín contar él mismo las circunstancias de su aventura.

Toda la familia hizo rueda al rededor de Agustín, el que sentado entre su madre y hermanito, fué todo el asunto de la velada. Refirió del modo mas ingenuo é interesante: « Que Colás en vez de recoger ramas se habia querido sentar, y que de allí á poco le penetró el « frio tanto, que le privó del sentido; dijo que entónces habia procurado, pero en vano, volverle á calentar con el aliento, y frotándole « con las manos; en fin viéndole amoratado y sin movimiento empezó « á dar gritos, llamando repetidas veces á sus padres, y que no res- « pondiéndole nadie echó á llorar: que sus lágrimas caian sobre el « rostro de Colás, y se helaban al instante, lo que le hizo llorar « mucho mas; que sin embargo, no desanimándose, procuró levan- « tar á Colás y llevárselo á cuestras, pero que ya enfumecido con el « frio no pudo, y se cayó á su lado: que en este apuro, por último « recurso, se quitó el vestido, despues la chupa, y despues todo lo « demas para tapar á Colás. Que abriendo en este instante Colás los « ojos, fijó la vista en Agustín, y apartó de sí el vestido como si se lo « hubiera querido volver... luego, prosiguió Agustín, me sentí todo « como que tenia una especie de sueño, ya casi no sentia nada, y

« me caí sobre Colás; esto es lo que ha pasado, señora, y no me « puedo acordar de otra cosa. »

No bien habia acabado su relacion Agustín, cuando César levantándose se arrojó á él y le abrazó. Mucho extrañó Agustín esta demostracion, porque creyendo que lo que habia hecho era muy natural y regular, no comprendia de qué se admiraban. De allí á poco su madre le llevó á acostarse, y luego que se fué dijo la Marquesa de Clemira: Este suceso, hijo mio, esta accion heroica de una criatura es la mayor prueba de lo que te decia ayer, que no es tan natural como se piensa comunmente el preferirnos á los demas. Agustín se despoja de toda su ropa, porque siente ménos el frio que padece que el que ve padecer á su hermano... ¡Oh qué admirable sentimiento es el de la compasion, puesto que es origen de semejantes virtudes; léjos de apocar el ánimo lo eleva, hace olvidar los peligros, despreciar la muerte y el dolor!... Nunca, pues, te resistas á tan dulce sentimiento. Conserva cuidadosamente esta compasion activa y tierna, propia del corazon humano, y que solo corrompiéndose la pierde. Al acabar estas palabras se levantó para irse á recoger, pero César la detuvo para decirle que sentia mucho el pensar que dentro de dos dias Agustín se volveria á su casa. — Pues bien, por darte gusto diré á sus padres que me le dejen, me encargaré para siempre de él, y se criará contigo. Al oír esta promesa empezó á saltar de alegría César, diciendo: Yo le enseñaré todo lo que sé. — Pero, dijo Pulqueria, ¿cómo es posible que sus padres consientan en separarse de un hijo tan querido? — No dudo que lo hagan, respondió la Marquesa, y que prefieran á su propia satisfaccion el bienestar de su hijo; este es el modo de querer, ó por mejor decir, los padres que no piensan así, no quieren á sus hijos. En efecto, al dia siguiente habló la Marquesa á los padres de Agustín, los que convinieron en ello gustosos y agradecidos. Agustín lloró mucho cuando supo que iba á dejar á sus padres y á Colasito; no obstante agradeció mucho el cariño que le manifestaba César, y tenia muchos deseos de instruirse y de saber, como él decia, tantas cosas buenas que sabia el señorito César.

De tal forma ocupó el suceso de Agustín á los niños tres ó cuatro dias, que habian olvidado en ellos las veladas; pero al fin recordaron á su madre que les habia prometido una historia. Habéis, les dijo, admirado justamente la nobleza y virtud de Am-

brosio; os imagináis sin duda alguna que no es posible encontrar mas generosa lealtad y elevacion de ánimo; para desengaños os contaré una historia, en la que hallaréis el ejemplo de una conducta mucho mas sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque en efecto tales son por lo comun. No obstante os aseguro, que hay algunas de mucho juicio y virtud, y para convencer os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el Heroismo de la lealtad, y que casi he presenciado.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD

HISTORIA VERDADERA



Bnuna de las provincias setentrionales de la Francia hay un rincon de tierra, en el cual el honor y la virtud sirven de leyes, y son causa de que los dichosos moradores de esta pacifica region gocen de una felicidad tan pura como inalterable... — ¡Oh mamá, qué país tan hermoso!... ¿Cómo se llama?... — Se llama S***. — ¿Y ha estado Vd. alguna vez en él? — Estuve siendo niña, y tuve el



gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí vi á los cultivadores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí vi todas las

madres tiernas y cuidadosas, todos los hijos agradecidos y obedientes, todas las jóvenes modestas; allí en fin la ambicion y la envidia son vicios no conocidos, y solo se encuentran la concordia, la union, la pureza de costumbres, y las virtudes, que hacian la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El señor de esta tierra tenia una esposa digna á todas luces de habitarla. Madama de S*** tenia mucho juicio, una alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, tejia, y cultivaba flores. Tenia en su jardin várias colmenas, las que cuidaba, criando tambien gusanos de seda. Encargada ademas del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atencion por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una mujer, y que por sí mismas son de bastante interes, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lecheria, y hallaba en estos pormenores económicos diversion, instruccion, y medios para tener conveniencias, á pesar de una renta muy corta... — ¡Instruccion! mamá, interrumpió Carolina, ¿qué instruccion podia ser? — Una muy sólida. Ya sabes que la Historia natural es una ciencia muy dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas (y no son las ménos útiles y curiosas) cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere; con solo vivir en el campo, y ocuparse en el cuidado del menaje se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros solo nos dejan los nombres impresos; los hechos por el contrario, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una señora en Paris, que despues de haber estudiado un año la Historia natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Cualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la naturaleza en Paris, en donde solo se ven las frutas y legumbres en la plaza ó en nuestras mesas, y tal cual flor en tiestos? No es posible formar en las ciudades una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos: « Todo lo que apetecemos fuera de « aquello que la naturaleza nos puede dar, es trabajo, y no hay cosa